UNA CARTA ABIERTA A DON CARLOS DE LA ISLA

*Luzelena Gutiérrez de Velasco**

Muy querido doctor:

La muerte cruel nos arrebató a los queridos, a los amigos y nos deja en una soledad que se rodea de silencio. Alberto nos abandonó el 26 de febrero de 2008 a las 15:15; ahora debe estar en el cielo de los creadores, de los filósofos, de los todólogos (como solía burlarse), que no sé dónde queda, pero seguro que desde allí se ríe y sonríe con nosotros. Y en el entorno de silencio que nos produjo su partida, surgió un resquicio por donde se dirige a nosotros y a otros que aún no saben quién fue Alberto Sauret. Ese resquicio son sus palabras, como testamento y como testimonio de una vida dedicada a la lectura, a la interpretación, a la enseñanza, a la amistad, a la búsqueda de justicia social y de equidad y, sobre todo, una vida consagrada al disfrute de la vida misma en sus asombros. Le gustaban los juegos de ingenio y los juegos de palabras; nos acicateaba con su aguda inteligencia. Sus palabras, sus *Textos atorrantes* (2008) son un vívido reflejo de sus convicciones, sus descubrimientos y sus esfuerzos, ¿no lo cree usted así, querido doctor?

No cabe duda de que a usted como a mí, nos hacen falta la iluminadora presencia del amigo, sus palabras agudas, sus juicios tajantes y, ni qué decir, su risa con dejos nostálgicos. Nos unió el espacio del ITAM,

* Coordinadora del PIEM, El Colegio de México.

LUZELENA GUTIÉRREZ DE VELASCO

y también nuestras labores en la educación de los y las jóvenes, nuestras dudas sobre los métodos educativos y nuestras congojas por los derroteros de México, de la Argentina y del mundo. Siempre tenía, y usted lo sabe, la broma justa en el momento preciso para que la preocupación no decayera hacia el pesimismo. Muchas veces me salvó de convertir un conflicto en una catástrofe. Y no exagero.

Como usted, tuve oportunidades para acercarme más al rico mundo interno de Alberto. Curiosamente, fue mi alumno en el Diplomado en Literatura, allá en los años ochenta, cuando yo aprendería tanto y más de él; y eso de tener a maestros como alumnos, volvía el curso más exigente, más imperioso para mí. La literatura nos ofreció temas inacabables de conversación y los fuimos extendiendo y profundizando. Algunas noches en la grata compañía de Rodolfo, de Marcela, conversábamos hasta la madrugada sin cansancio. Para mí, es inolvidable la noche en que Alberto compartió con Marcela y conmigo los recuerdos de su padre. Nunca antes había hablado sobre su padre. Pero aquella noche lo quiso revivir para nosotras. Tuve la sensación de que seríamos amigos para siempre con ese pacto. Y así, es.

170

Ahora bien, no sé de quién fue la idea, de Alberto mismo o de Rodolfo, pero creo que fue una magnífica idea: reunir en un volumen, rescatar los textos de nuestro amigo para seguir dialogando, charlando con él y a pesar de él, a pesar de la falta que nos hace. Son textos con dedicatoria, textos para atorrantes, como en la canción de Serrat, porque los amigos son (somos) sinvergüenzas, desahogados, malhechores, pero también son (somos) “sueños imprevistos que buscan piedras filosofales”. Alberto lo sabía y, por eso, nos legó textos llenos de sabiduría, de humor y también de duro sarcasmo contra lo que reprochaba.

Quisiera comentar con usted los textos que pertenecen al tercer capítulo del libro, “Linderos y texturas”, porque en ellos Alberto desarrolla sus obsesiones literarias y se muestra como un lector exigente y riguroso. Nada de superficial ni exiguo tienen sus palabras. Y lo quiero comentar con usted, porque tanto Alberto como yo, y algunos otros, coincidimos en nuestro enorme aprecio por usted y sus firmes convicciones, por su ejemplar magisterio, también por su capacidad de penetración

en el pensamiento de los siglos XX y XXI, en particular; porque sé que me entiende con profundidad.

En este capítulo Alberto logra un periplo que va de Alfonso Reyes a Jorge Luis Borges, como una especie de poética latinoamericana, desde allí leyó y reflexionó nuestro amigo. De Reyes a Borges, de la teoría literaria a la autobiografía apócrifa, los 14 artículos son búsquedas en torno a los fundamentos de la obra literaria, a los secretos de la creación. La selección de autores que Alberto reúne es un reflejo de su pensamiento afín y de una admiración constante. Rescata trabajos elaborados para cursos de literatura y reseñas que destinó a cerrar las páginas de la revista *Estudios*, para abrirlas luego a la meditación; por ello, siempre fui afecta a leer esta revista itamita al estilo japonés, de atrás hacia delante, de Sauret hacia los otros artículos, porque sólo así sentía partir de un centro marginal que se reía del mundo para admirarse de todo, que no perdonaba las injusticias ni la imbecilidad, porque Alberto buscó siempre en lo humano lo perfectible, en la interrogación lo que promete más conocimientos, en el arte lo que justifica el goce. Desleer el mundo para entender la vida.

De esos 14 artículos, 8 son trabajos extensos y 6, reseñas de libros que apreció y le fueron útiles, lo impactaron. Se sitúa en el lindero de la teoría literaria, la filosofía, y la literatura. ¿Por qué eligió textos limítrofes? Creo que se debe a que siempre se preguntaba por las razones del quehacer humano, del proceso artístico, de la palabra que se convierte en fuerza. De un conglomerado de lecturas (sabemos que era un lector incansable y curioso), selecciona 5 autores latinoamericanos y 9 extranjeros; sorprendentemente, no escribe sobre ninguna mujer, tal vez lo dejó para después, ¿o tiene usted otra hipótesis?

Se interesó, en particular, en establecer y estudiar las poéticas de algunos creadores: Valéry, Lezama, Salinas, Milán; y también puso gran empeño en penetrar en el sistema teórico de autores como Reyes, Calvino, Ingarden, Gadamer, Kernode. Reflexiona sobre estos destacados pensadores para develar la parte medular de sus propuestas, no con el deseo de volverlos indescifrables sino con la voluntad de convertirlos en autores transitables y adecuados a nuestras preocupaciones, con el propósito de aproximarnos a su compleja y fructífera enseñanza.

LUZELENA GUTIÉRREZ DE VELASCO

Me atrevo a compartir con usted, doctor de la Isla, algunos de los apuntes sobre estos trabajos que inciden en problemas fundamentales de la creación literaria, porque sé que encontrarán eco en su pensamiento y en la generosidad de su recepción. Soy tal vez muy solemne, pero la ocasión lo impone, aunque Sauret se volvería a reír de mí, con su pañuelo de magitel en la bolsa superior del traje, elegante como era en los bailes del ITAM.

Resulta muy aleccionador recorrer las propuestas de algunos poetas con la guía de Alberto, quien otorgaba al concepto de Vico (*corsi e recorsi*) un valor determinante, como puede comprobarse en la lectura del libro publicado con anterioridad por Sauret, la *Permanencia del mito* (2001). Inicia por el camino de Paul Valéry, ilumina su obra con el apoyo de la teorización de Umberto Eco y relaciona las “poéticas” con las “epistemologías”. La obra abierta y las crisis de nuestra visión de mundo, así como el *Lector Modelo* le ofrecen pautas para aproximar a los dos autores en cuanto a los parámetros de la calidad poética y los mecanismos que “controlan y resguardan a la poesía”. Sobre todo, destaca en Valéry la función del poeta para crear el estado poético en otros, no para experimentarlo de manera privada.

172 | La lectura del inmenso Lezama Lima le provoca la sensación de “un hundimiento en un magma primordial hasta las fronteras mismas de la pérdida del sentido, profundidad donde palpitan germinales todos los sentidos” (p. 189). Vemos cómo la prosa de Sauret se contamina de Lezama. Descubre que una de las ideas más originales y oscuras del sistema poético del autor cubano es la “causalidad histórica” y se detiene en el examen de la totalidad revelada por la imagen operante en la historia. Capta con precisión los alcances de la preocupación de Lezama por la cultura americana y por la importancia del barroco en ese contexto. Culmina con el análisis del texto “Ernesto Guevara, comandante nuestro” con una interpretación que incide en las alusiones al eterno retorno y del simbolismo de la piedra.

Para estudiar la poética de Pedro Salinas recurre Alberto a los trabajos de Cernuda, de Guillén, de Cano sobre el autor español, y revisa su obra poética y sus ensayos. Pone de manifiesto los temas y las obse-

siones que conforman esa poética; el impacto del exilio, la fascinación por el mar, la riqueza de la subjetividad y lo íntimo en el autor de *Razón de amor* y *La voz a ti debida*. Concluye que “es una constante en Salinas esta noción platónico-parmenídea de lo esencial oculto y lo engañoso de las apariencias, así como la idea de que la palabra poética no es veraz” (p. 234).

En la lectura de la poesía de Milán Da Milano descubre que para él “resistir [...] es hacerse fuerte, pero no resistencia al cambio sino a la inerte inercia; es hacerse leve, pero no resistencia pasiva, sino vigilante escucha a la voz del aura”. (p. 276). La resistencia como fuente poética en este autor.

Muy sugerentes son los trabajos sobre las propuestas teóricas de Reyes, Ingarden, Gadamer, Kermode y Calvino, en su versión de profeta. Sauret elige obras clave. De Alfonso Reyes analiza las contribuciones que este autor hace en *El deslinde*. Pone Sauret de relieve la idea de la condición oral de la literatura, la función ancilar, lo literario como funcionamiento propio de la mente y las diferencias de gradación entre el lenguaje diario y el de la literatura. Reconoce en Reyes al estudioso de los procesos estéticos y, por supuesto, al conocedor de las formas poéticas.

Roman Ingarden, a su vez, le plantea el problema de la estructura esencial de la obra literaria formada por estratos heterogéneos, pero ante todo Sauret se adentra en las modalidades del estrato sonoro, que será la base para “ plasmar en una síntesis de orden superior” lo que conocemos como valor artístico. Añade a sus preocupaciones el estudio de las complejidades del conocimiento y se ocupa de los alcances de la comprensión hermenéutica en Gadamer. Advierte que “la profundidad misma de todo el problema hermenéutico radica en el reconocimiento del carácter constitutivamente prejuicioso de toda comprensión” (p. 257), en tanto los prejuicios son componentes primordiales de la realidad histórica concreta. Y finca en la interpretación y en el encuentro de un lenguaje apropiado los requerimientos para alcanzar la comprensión.

Leyó a Frank Kormade, su texto *Formas de atención* (1988), para entender los procesos de revalorización canónica de las obras artísticas y nuestras formas de valoración del arte.

LUZELENA GUTIÉRREZ DE VELASCO

En un pequeño homenaje a Italo Calvino, comenta sus *Seis propuestas para el próximo milenio* (1989); sabe que el texto es un legado para los sobrevivientes y para la sobrevivencia de la literatura; sabe también Sauret cuáles son los condicionamientos del mercado del libro y coincide con Calvino en su pregunta sobre si el poder de “evocar imágenes *en ausencia* tiene posibilidades para continuar desarrollándose bajo un régimen de vida cada vez más inundado por el apabullante diluvio de imágenes prefabricadas” (p. 264). Comparte con Calvino, asimismo, la fascinación por Borges, como ideal de “exactitud de imaginación y de lenguaje”. Y nos cuenta cómo relee el texto de Calvino en busca de un pasaje que no encuentra, pero luego halla “otra cosa” una frase que se carga para él de patetismo: “La literatura como función existencial, la búsqueda de la levedad como reacción al peso de vivir” (p. 265). Esa levedad que le era a Sauret tan consustancial, pensar lo grave, lo complejo desde una perspectiva que devolvía la levedad a las cosas, para poder vivir.

También comentó textos de Kafka, Fuentes, Bergman, Juliet y Borges para compartir sus hallazgos: el anhelo de justicia social en “El fogonero”, de Kafka; la búsqueda de sentido en la historia de México en *La muerte de Artemio Cruz*; la reflexión de Bergman sobre su quehacer teatral y cinematográfico; el encuentro con la pintura desgarrada del holandés Bram Van Velde de Juliet. Y dejó para el final a Borges, porque con este autor se cierra este capítulo de los *Textos atorrantes*. Borges fue un autor-enseña para Sauret, no tanto por ser argentino y sí por ingenioso. En esa autobiografía apócrifa recuerda Borges su infancia y a su padre, su regreso a Buenos Aires, el relato sobre la génesis de sus libros. Borges como *alter ego*.

Quiero acabar esta carta, querido doctor, con la frase que clausura el capítulo, porque nuestro amigo nos da la pauta justa para comprender, y después le doy un abrazo y me quedó en el silencio: “El testimonio de un hombre que aguarda el descenso a la última sombra, donde se percibe el sosiego de haber cumplido lo que mandaba el día”. Lux.